

Infancia minada: entrevista a Silvia Aguirre

La entrevista con Silvia Aguirre forma parte de un proyecto de investigación sobre las huelgas de los mineros en Santa Bárbara, Chihuahua, entre 1970 y 1981. En esos años, Silvia pasó de la niñez a la adolescencia; y aunque nació en Santa Bárbara, la mayor parte de esos años residió en San Francisco del Oro, y posteriormente se fue a estudiar la secundaria a Parral.

Las tres ciudades conforman el distrito minero más productivo de Chihuahua. Están al pie de la sierra Tarahumara, y de hecho Santa Bárbara fue una de las primeras villas fundadas en la región durante la avanzada de los conquistadores españoles hacia el norte de América. Esta zona creció una vez que fue descubierta la mina, primero llamada La Negrita y después La Prieta, todavía en producción en Parral durante los años que aquí recuerda Silvia. La minería estuvo dominada por dos compañías de Estados Unidos, desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, la American Smelting And Refining Company (Asarco) y San Francisco Mines of Mexico. Posterior a la promulgación de ley de mexicanización, ambas empresas se asociaron con capitalistas mexicanos: la primera cambió de nombre a Compañía Minera Asarco, primero, e Industrial Minera México S.A., después; la segunda, por su parte, fue rebautizada como Compañía Minera Frisco. Extraían oro, plata, plomo, zinc, cobre, hierro y fluorita de las 22 minas localizadas en Parral, Santa Bárbara y San Francisco del Oro, que eran la

mitad de todas las existentes en el estado y convertían a ese distrito minero en el más productivo de Chihuahua.

La idea de entrevistar a Silvia surgió de un comentario que me hizo su hija, Aleida, después de escuchar una presentación que hice de mi investigación sobre Santa Bárbara. Aleida participaba entonces, y sigue haciéndolo, en el seminario de tesis que conduzco con estudiantes de posgrado de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y de algunas otras instituciones de educación superior. Yo respondí con el clásico oportunista: “¿Y la puedo entrevistar?”.

Ésa era la única información que tenía yo acerca de la vida de Silvia. Mi guion de entrevista, en consecuencia, era muy sencillo: seguía el orden cronológico de una historia de vida, con especial énfasis en todo lo que recordara de Santa Bárbara. Descubrí de inmediato que de esa localidad recordaba poco, ya que muy pequeña se fue a vivir a El Oro, y después a Parral. La mayor parte de la entrevista fue sobre sus recuerdos de esas dos ciudades durante los años de primaria y secundaria. Después de estudiar la educación media en Parral, Silvia se matriculó en la Normal Rural de Saucillo, y posteriormente trabajó de maestra.

Para el momento de la entrevista, Silvia ya residía en la ciudad de Chihuahua. La entrevista se llevó a cabo en uno de los pequeños salones del hotel donde me hospedaba: era un espacio cómodo pero frío, con varias sillas, una mesa grande y, pegados a las paredes, escritorios con computadoras para uso de los huéspedes. Por suerte sólo fuimos interrumpidos brevemente una vez por un usuario.

No obstante la frialdad del entorno físico, la destreza narrativa de Silvia transformó mesas y sillas en calles, casas, cerros, minas y escuelas. Su pasión por la lectura en voz alta y por la narración oral la convirtieron, al paso de los años, en una excelente narradora: maneja la oralidad, repitiendo para que lo importante no se desvanezca en el aire; imprime ritmo y administra el suspenso, de manera que escucharla

platicar sus recuerdos es un deleite. Los recuerdos, además, son una mina (para jugar con las palabras) para historiadores interesados en variados temas: niñez, género, trabajo, cultura popular, y por supuesto, memoria.

Deseo aquí sólo notar algunas cuestiones que a mí me interesan, precisamente porque estudio la conformación de una cultura de clase en la segunda mitad del siglo XX en México. El argumento de que la diversidad regional impidió que surgiera un sentimiento de clase es común. Indiscutiblemente, los trabajadores del norte del país expresan grandes diferencias con respecto a los trabajadores del centro y el sur, diferencias ancladas en experiencias históricas y en situaciones socioeconómicas actuales muy distintas. Pero lo que relata Silvia respecto de la lectura de historietas y la escucha de radionovelas nos da una clave para entender cómo se fueron formando ideas, valores y experiencias que acercaron a los trabajadores, ya que esas historietas y radionovelas tenían un público nacional. También, por supuesto, hijas e hijos de trabajadores estaban inscritos en un sistema educativo nacional, que ayudó a que la generación de Silvia valorara la lectura y la narración oral, que en la particular circunstancia que ella narra eran actividades colectivas. La lectura en voz alta, alternando lectores, el sentarse alrededor de quien narraba una historia para todos. Al mismo tiempo, la manera en que el trabajo condicionaba y ordenaba la vida cotidiana, tanto en forma concreta (los pitos de la mina que marcaba el tiempo) como ética (valorar el trabajo y menospreciar el ocio). Podemos apreciar, en el recuerdo de Silvia, cómo estos aspectos centrales en la constitución de la cultura de la clase obrera son experimentados e interiorizados desde la infancia.

Gerardo Necochea Graci

Dirección de Estudios Históricos, INAH

Entrevista

(La entrevista se realizó en Chihuahua, Chihuahua, el 4 de noviembre de 2016. La versión íntegra abarca 29 páginas y se respalda en un audio digital de 1:31:29. La transcripción estuvo a cargo de Georgina Escoto Molina. El extracto que aquí se reproduce corresponde, más o menos, a los primeros 40 minutos de entrevista, es decir, aproximadamente la mitad de ella).

Estamos en la ciudad de Chihuahua, es el 4 de noviembre del 2016, entrevista Gerardo Necochea [GN] a Silvia Aguirre [SA]).

GN: Silvia, me gustaría que quedara grabada tu autorización para que yo te pueda grabar la entrevista: ¿estás de acuerdo en que lo grabemos?

SA: Por supuesto, autorizo la grabación.

GN: Bien. Me gustaría que iniciáramos platicando sobre cómo era tu casa, la casa en la que creciste. Me decías que a los dos años salieron de Santa Bárbara para ir a vivir a El Oro, allá, en San Francisco del Oro. ¿Cómo era?

SA: Yo nací en el barrio del Ranchito, en Santa Bárbara, y lo digo porque cuando ya era adulta, en uno de los viajes mi madre me dijo: “aquí naciste tú, en el barrio del Ranchito”. Y luego, a los dos años, que nos fuimos a San Francisco del Oro, recuerdo que anduvimos por varias casas porque eran rentadas, ¿no? La más lejana creo era en el barrio de la Sierra Madre, en San Francisco del Oro. Ahí,

en ese barrio, había algunas cosas interesantes: el molino de nixtamal, una de las panaderías, porque había más de una panadería en El Oro, y para el 3 de mayo, enfrente de la casa que rentaba mi familia, se presentaban los matachines, los matachines y un grupo de danzantes que se llamaban los aztecas, que luego ya después no he visto en otros lugares más que los matachines, característicos, con sus carricitos, sus... sus medias rojas, etcétera. Y entonces ahí vivimos como hasta que yo tenía cuatro años, cinco años. Ahí nació mi hermano el más pequeño, yo tenía dos..., tengo dos hermanas que son más mayores, diez y quince años.

Y ahí en ese barrio vivía una enfermera, Magdalena, que era algo así como el equivalente a una doctora, porque en El Oro había doctores particulares, unos cuantos. Me acuerdo del doctor Comés, y la clínica de los mineros, la clínica de los mineros que estaba en el barrio de Zacatecas, allá donde estaba la escuela Artículo 123, donde está el complejo del cine, del salón de

asambleas de los..., el sindicato de los mineros, de la Sección 20.¹ Allá estaba la clínica, pero, pues, sólo las familias de los mineros tenían acceso a ella. Mi familia, a esas alturas mi papá ya había tenido un accidente, había perdido el oído, tenía los problemas típicos del equilibrio y todo eso, pues ya no trabajaba en eso, no. Ya cuando podía, se dedicaba a la gambusinería en los tiros de Santa Bárbara o..., sobre todo en Santa Bárbara porque ahí estaba más agujerado que en El Oro, o quizás estaba menos controlado. No sé por qué era en El Oro..., en Santa Bárbara donde le buscaba ahí.

GN: ¿Él había trabajado en qué mina?

SA: Él trabajó en Santa Bárbara, en la mina de Clarines, me dicen.

GN: ¿Y el accidente le ocurrió estando tú muy chica?

SA: Sí, yo ya recuerdo a él cuando le hacían curaciones caseras.

GN: Ajá, o sea, no lo recuerdas mientras estaba trabajando todavía como minero.

SA: No, no lo recuerdo. Recuerdo que estaba la lonchera, que se conservaba la lonchera de hojalata, de aluminio, no sé si era aluminio, pero era de hojalata; que se conservaba la lámpara de carburo. Recuerdo mucho el olor del carburo, porque él iba y

hacía leña, entonces salía en la... ¡Uff madrugadísima! Y con la lámpara de carburo prendida. Recuerdo el casco también. Ese tipo de cosas recuerdo que se conservaban en la casa.

GN: Entonces me decías cómo era el barrio donde vivían, que tenían la clínica, tenían un cine... Había ya un...

SA: El Oro es un pueblo... Bueno, de Santa Bárbara, El Oro y Parral, El Oro es el más pequeño y ha tenido caídas estrepitosas, a diferencia de Santa Bárbara, que ha tenido caídas, pero no hasta el suelo. Se ha conservado siempre con cierto nivel de explotación de la mina.

Pero El Oro ha tenido momentos en donde casi casi se vuelve un pueblo fantasma, y luego llegan inversores y vuelven otra vez a levantar la mina por un tiempo, y luego vuelve a medio caer. Y entonces en... Creo que a mí me tocó un tiempo de auge de la mina, o a mí me parecía eso. Había dos cines, en un pueblo tan pequeño, dos cines: el cine minero y el cine Alcázar, que era así pa' todo mundo. En el cine minero se entraba con una tarjeta, que perforaban por cada vez que se usaba para entrar. Mi mamá era cinera, nosotros íbamos cada semana al cine, muy grande el cine, todavía hoy...

GN: ¿Y esa tarjeta la daba el sindicato o...?

SA: Esa tarjeta la daba el sindicato. Había formas, yo no sé cómo, pero

¹ Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos, Siderúrgicos y Similares de la República Mexicana (SNTMMSSRM o Sindicato Minero, para abreviar).

aunque mi papá no era de la mina, pero había... La mayor parte del pueblo tenía un familiar minero, entonces había manera de hacerse de la tarjeta, o les prestaban la tarjeta de comprar en la cooperativa.

Yo estuve en primer año de primaria en la escuela Artículo 123, donde sólo iban las familias de los mineros. En el barrio, a diez pasos, vivía una maestra que trabajaba ahí en Artículo 123, entonces ella me pone ahí en primer año. ¡Era la más hermosa de las escuelas! Había tres escuelas primarias grandes, no había secundaria; había una secundaria como particular, algo así. Ya hasta cuando yo tuve doce años se construyó la primera secundaria.

GN: ¿En San Francisco?

SA: En San Francisco del Oro.

Entonces eso quiere decir que tenía una población muy importante, porque el cine... Yo todavía hoy voy y recorro lo mismo, y hoy me sigue pareciendo muy grande el cine. Ya no es cine. El salón de asamblea, bueno pues a mí se me hacía enorme, enorme, no sé cuántos habría, ¿no?, mineros, y ahí sesionaban. ¿Qué más?

GN: Oye y esta escuela 123 que dices era la más bonita de las tres, ¿cómo era?

SA: Era una escuela de dos patios, era una escuela de patio central, de patio central donde estaba primero, segundo, tercero, o primero, segundo, algo así; y luego otro patio central

donde ya estaban los más grandes —curiosamente también ahí tenían un salón para kínder, porque a mí me metieron a kínder, pero como yo lloré toda la primera semana, pues entonces dijeron mejor que entre hasta primero— con..., con escalones tipo gradas en el segundo piso; el primero era así más para los peques. ¡Salones altísimos! Ventanas así de...

GN: De piso al techo.

SA: Sí, casi así hasta allá. Muros muy gruesos. Todavía fuimos ahora —¿cuándo fuimos? En verano— y se ve que está todavía funcionando, está súper conservada, está muy bien la escuela. Se daban los útiles escolares, digo, aparte de los libros, porque a mí ya me tocó la época de los libros de texto gratuitos. Se daban los útiles escolares. No usábamos uniforme, pero todos los materiales que se necesitaban, escobas, todo, todo lo proporcionaba la compañía minera; era parte de las prestaciones que tenían los mineros. Y olía muy bonito, claro, como huelen los salones, ¿no?, muy bonito.

GN: ¿Ahí estuviste solamente en primero?

SA: Solamente primero, porque ya no me pudo... La maestra ya no me pudo sostener, porque no era hija de minero. Entonces pues ya me fui a la escuela estatal. Había una tercera, hay una tercera, que es federal. Entonces me fui a la escuela estatal, la Guillermo Baca. Ahí había

sólo seis grados y ahí estuve desde segundo hasta sexto. No teníamos barda, era muy diferente a la escuela Artículo: eran las aulas, la cancha, los baños y todo lo demás estaba libre. En una ladera, como están las cosas ahí, porque son cerros por todos lados. Entonces íbamos a jugar a los cerros, y allá escuchábamos el sonido de regreso del recreo y bajábamos del cerro donde estábamos. Allá arriba andábamos a la libre. Sí, eso recuerdo. Ya no, ya tiene cerco, ya tiene su alambrado.

GN: Oye, y en esa época cuando estabas en la primaria..., ¿qué otras cosas hacías además de la escuela?

SA: ¿Qué otras cosas hacía además de la escuela? Bueno, a ver... Mi mamá y mi padre se separaron cuando yo tenía como seis años, yo creo, algo así. Y entonces mi padre no está en condiciones de tener un trabajo con una buena remuneración. Allá, si se es minero, le va bien a la gente, o comerciante, y si no, pues ahí se batalla. Mi padre batallaba muchísimo. Y pues, bueno, a mi mamá le tocó sacarnos adelante con trabajos domésticos, con eso.

Y una de sus actividades era hacer donas o hacer empanadas o hacer pan. Los domingos de asamblea sindical —que yo no recuerdo cada cuándo eran—, los domingos íbamos mi hermano y yo, que es cuatro años menor que yo, íbamos a venderlos, en un baldecito, una ollita, no era balde,

era una ollita, y entrábamos. Yo me sabía muy chiquita comparada con eso. Los mineros ese día, era domingo, eso sí sé, que era los domingos, estaban limpios, bañados, porque el olor era diferente al día a día cuando yo los veía haciendo la fila para agarrar los camiones que los llevaban a la compañía, o cuando salían de la mina y llegaban a la casa. Hombres mineros había por todo el barrio, ¿no?, pero ese día el salón olía limpio. Era notorio, así yo recuerdo, que se bañaban. Y pasábamos ahí vendiendo y escuchábamos intervenciones y demás. Muchos años después yo lo relacioné con las asambleas de los bolcheviques, quién sabe por qué, pero yo los relacionaba con esos momentos.

Y le decía a Aleida, mi hija, que no sé por qué diantres en la Normal Rural terminamos una vez en Coahuila, en donde... Hacia el norte, donde están las mineras. ¿Cómo se llama? No me acuerdo cómo se llama, pero había trabajadores mineros allá, y se pusieron en huelga. Era a finales de los setenta. Y allá fuimos a dar.

GN: ¿Por la zona de Nueva Rosita?

SA: No me acuerdo si era Monclova o algo así, creo que era Monclova. Y recuerdo haber estado en reuniones de los mineros, estaban en huelga. Y los mineros me parecían hollinosos, como de hollín, me parecían... oscuros, no porque fueran oscuros de piel, me parecía oscura la reunión. ¡Ajá! En

cambio, las reuniones con los mineros pues eran limpias; olían a limpio.

Otra cosa que a mí se me quedó muy grabada era el ambiente cuando había huelga, porque algunas veces hubo huelga, no sé cuántas, pero no era raro que hubiera huelga, no. Emplazaban a huelga y luego empezaba a haber un ambiente de tensión. “No, pues que los del sindicato, y que todavía no les responden y que no sé qué tanto.” La gente no quería que se fueran a la huelga, pero al mismo tiempo, era como..., no era como algo evitable, o sea “ojalá no se vayan a la huelga, pero si se van, hay que irse”. Sí. Iban a la huelga y se iban días o se iban semanas. Empezaban a escasear los víveres, la cooperativa de los mineros aguantaba hasta cierto tiempo, los fiados en la tienda empezaban a racionarse.

Y entonces, así como yo recuerdo ese lugar luminoso de las reuniones, limpio, soleado lo recuerdo, incluso, en lugar del de Monclova, que me parecía gris, nublado, así. Entonces en las huelgas llegaba a haber un ambiente de silencio, un silencio que se sentía en las casas.

Yo era niña, entrábamos a las casas, pero [algo] se sentía entre los adultos, algo había que era claro: que la gente estaba a la expectativa, estaba en zozobra, y empezaba a tener problemas, y tenía problemas de dinero. Y luego se ayudaban: quien

sacaba la despensa de la cooperativa, y luego se la pasaba, una parte se la pasaba a la vecina, y así. Eran tiempos muy terribles. No fluía el dinero, pos era eso, ¿no? Y el silencio, yo recuerdo el silencio. No había los pitos de la mina. Los pitos de la mina regulan la vida, y dejaban de haber, dejaban de haber los pitos de la mina. Entonces eso era así como: “aquí falta algo”. ¿Qué pasa? No se lo explica, pero se tocaba el ambiente, se sentía... Así.

Y cuando la huelga la ganaban —siempre la ganaban, todos mis recuerdos es de que la huelga la ganaron—, a la mejor no con todas las demandas que solicitaban ni nada, pero yo recuerdo el júbilo. La gente estaba muy contenta: ¡ya ganamos! Se abrían las minas, se abrían las cantinas, estaban los pitos otra vez. Empezaban a surtir porque les pagaban los salarios caídos, y los salarios caídos era mucho dinero junto. Y entonces, pos se desbordaba el dinero, el alcohol y todo el pueblo, todo el pueblo, tuviera o no familiar minero, estaba de fiesta absoluta. Ésos son recuerdos de la niñez.

GN: Oye, y tú que eras niña, ¿te explicaban lo que pasaba o tú más bien ibas observando y escuchando?

SA: Escuchaba uno, ¿no?, escuchaba uno. No se usaba mucho eso de preguntar y que le contestaran a uno; uno a escuchar y veía. Recuerdo haber visto de niña a un minero

vecino, Juan, rentaban casa enfrente de con nosotros (enfrente es así como a dos metros, las callecitas son hermosas). Hubo una explosión y en un brazo, todo el brazo se le cubrió de trocitos de la piedra, de la roca. Entonces el brazo estaba negro, empedrado, empedrado; uno lo tocaba y era un brazo empedrado. Entonces él ponía el brazo pa' que los niños le tocáramos. Iba a la mina cada cierto tiempo y le quitaban cierto número de piedritas porque no podía quitárselas todas, no. Todo mundo íbamos y lo veíamos, y le pedíamos que nos dejara tocarle el brazo.

Pero era lo que oíamos nomás. Recuerdo haber visto... Se oía mucho de los silicosos, de la silicosis, y que los pulmones y que la gente no dura mucho; eso escuchábamos. La gente en la mina se jubilaba con, hoy diríamos, pocos años: los que trabajaban en la hacienda se jubilaban como de dieciséis años de servicio, estaban con el beneficio y todo eso; los de la mina de la extracción duraban un poco más. Y había mineros que duraban dos periodos de trabajo: podían jubilarse, se jubilaban, y podían recontratarse; y podían, si bien les iba con su salud ¿verdad?, aguantar.

La silicosis era así algo que en el ambiente circulaba: “no, pos que ya le dio silicosis a mengano”. Y alguna vez, entre la chavalada: “pues que ahí abajo, en la casa de Chema,

mengano tiene silicosis”. Ahí va uno a asomarse, porque en ese tiempo nos asomábamos a todos lados, entrábamos a todos lados —bueno, quizá no a todos los lados, pero yo sentía que éramos..., teníamos permiso de andar por todos lados, o posibilidades, porque sí avisábamos, no, no teníamos permiso. Y entonces ahí vamos la chavalada, y eran unas casas de adobe, pos como son allá, así medio de tapias y todo, y nos asomamos a la recámara. Y el hombre, yo recuerdo, así como recuerdo la mano empedrada del hombre, recuerdo a ese enfermo como una estampilla amarilla en el catre, así, en el catre matrimonial, pero era una estampilla amarilla, o sea, los ojos hundidos, la piel... Era una cosa pues de cuento de terror. Nunca más nos volvimos a asomar.

Yo no sé si era silicosis, si era tuberculosis, pero estaba asociado, en el hablar, en los decires, con las enfermedades de la mina. Cosas curiosas así que yo no voy a..., a olvidar, no. Tenían relación con la tragedia, por ejemplo, pero también tenían relación con la fiesta de “ya ganamos la huelga”, o la fiesta del 3 de mayo o el día de los mineros, el 11 de julio, es un pachangón muy grande. ¿Qué más recuerdos? Yo tengo muchos recuerdos de vida porque es medio rural, medio pueblo, medio rural. **GN:** ¿Había lugares donde ustedes como niños iban, así en particular,

que fuera como su lugar preferido, donde podían jugar o hacer lo que se les diera la gana?

SA: Bueno, las horas de recreo en la primaria, porque nos íbamos al cerro, no había ni un profe, no había nadie, nadie. No había casas, las casas estaban ahí retiradas, ahí veíamos la escuela, bajábamos casi rodando ahí. Allá jugábamos como queríamos, y a los tradicionales juegos de las niñas y los niños. En el barrio teníamos permiso de ir a jugar, pero no había un adulto que nos cuidara, que estuviera pendiente de nosotros, no; era autorregulable, yo creo. ¿Qué nos regulaba? El anochecer, porque la mayoría del pueblo no tenía luz mercurial, entonces, pos empezaba a oscurecer y empezaba a llegar la llorona, los fantasmas, era... Yo viví rodeada de historias de fantasmas y todo eso.

GN: ¿Y quién las contaba?

SA: Mi madre era una gran contadora, súper contadora de historias. Era ponerse en la mesa después de lavar los trastes de la cena, y mis hermanas, mi hermano y yo, y el radio en medio. Y cuando se terminaba la novela de *Chucho el Roto*, *El Ojo de Vidrio*, o el que estuviera en turno,² invariablemente

² *Chucho el Roto*, novela radiofónica que relata la vida de Jesús Arriaga, ladrón y secuestrador nacido en 1858, en Tlaxcala; apresado en 1873, se fugó de la cárcel de Belén en la Ciudad de México en 1875; se dice que murió en la prisión de San Juan de Ulúa, en 1894. En 1888 apareció la novela

—pero esto yo creo que era diario, sí era diario, no era de vez en cuando— surgía una historia del catrín que llegó a la fiesta y que era el diablo y se llevó a la muchacha más bonita porque era vanidosa; del jugador de cartas que iba de un rancho a otro y una muchacha muy bonita le pidió llevarlo en ancas y era la muerte; de los tesoros... Mi mamá fue buscadora de tesoros, porque por un lado las minas, por otro lado, Pancho Villa, y entonces pues Pancho Villa, en el decir popular, había dejado tesoros por todos lados. Entonces ciertos viernes y en Semana Santa, en ciertas épocas, le sabían, según las creencias, y se ponían a buscar tesoros. Ya no vivíamos en el rancho, a mí no me tocó la época del rancho ni nada y las prácticas eran sobre todo en el rancho, entonces ya forman, cuando yo era niña, ya formaban parte de las historias. Y eran historias..., de terror. Pero no eran cuentos, eran cosas reales, que habían pasado y eso da mucho más miedo. Mi hermano dice: “Luego cuando mi mamá terminaba de decir eso decía: ‘vayan, vayan al patio y traigan tal cosa’, dice, mangos que

Chucho el Roto; la radionovela del mismo título inició a fines de los cincuenta y estuvo al aire durante 11 años. Gamaliel Valderrama, “Chucho el roto: el bandido con clase”, *El Universal*, 18 de agosto, 2017, recuperado de: <<http://www.eluniversal.com.mx/colaboracion/mochilazo-en-el-tiempo/nacion/sociedad/chucho-el-roto-el-bandido-con-clase>>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *El Ojo de Vidrio*, radionovela.

queríamos ir, nadie queríamos ir, nadie se quería ir a acostar solo, no, hasta que nos fuéramos todos”.

Mi mamá era una gran contadora de historias e historias de terror, pues no de terror, eran leyendas pa' asustarnos. Y..., y en segundo grado, de orden religioso: que los que fueron al pueblito de Allende les dijo un peregrino: “no volteen para atrás” y no le hicieron caso, y se hicieron de sal y ahí están las piedras. Aquéllos se les apareció..., que llegó alguien a pedirles..., cómo se le llama, cómo le llaman los católicos..., este..., caridad, una limosna o algo así, y en realidad era Jesucristo disfrazado. Todo eso, por ejemplo, para Semana Santa, era una de las cosas... ¡No es cierto! Eso era en tercer lugar, en segundo lugar eran las historias de Villa.

Yo no sabía, hasta muchos años después supe que Villa no aparecía en los libros de texto, que en mi época de primaria Villa no estaba registrado por la historia. Pero pos Villa estaba, yo no... pa' mí, si estaba en los libros o no estaba, nunca caí en cuenta hasta ¡uff!, muchisísimos años después. Válgame Dios, y entonces, ¿cómo es que Villa era nuestro héroe?, pues porque cenábamos con él, comíamos con él. Cuando es el aniversario de su muerte, cuando va a ser el aniversario de su muerte, en julio, semanas antes empezaba en el radio —no sé si ahora—, pero empezaba en el radio la historia y los

corridos, y en las casas se contaban las historias de Villa, de todo lo que había hecho por la gente pobre. Eso era en segundo lugar...

GN: Oye, ¿se hacía algo público en la conmemoración de la muerte o era nada más como las historias que se contaban?

SA: En el radio sí. Pero no había ceremonias, este, que de la escuela, porque nos llevaban cuando Benito Juárez, nos llevaban cuando el 20 de noviembre; pero [en conmemoración de Villa] no, no se hacía, no me tocó nada público. Es más, la expedición punitiva, yo supe de ella también ya mucho después, y se había perdido en el... Sí, sí se sabía de los aviones y cómo lo persiguieron y demás, pero ese término, “expedición punitiva”, dije: ¿qué es eso? Y no, pues es

cuando los gringos y que Villa y que la fregada; dije: ¡ah! Así se llamaba.

GN: Sí, oye y esto que cuentas de tu casa que se sentaban ya después de la cena, lavar los platos, y tenían el radio...

SA: Y las velas o el quinqué, el aparato le decíamos, que era de petróleo.

GN: En la casa de tus amigos, tus amigas, ¿también tenían así sus radios y se sentaban a escuchar las mismas novelas?

SA: ¡También, ah sí, sí! Por supuesto. Sí, las mismas novelas del radio y los mismos comics, que no eran comics, que eran..., historietas, ¿verdad?

GN: ¿Cómo cuáles, te acuerdas?

SA: ¡Uff, sí! Mi mamá era una gran lectora también, leía mucho. Leía lo que llegaba y parte de las cosas que a los tres menores nos llegó, a los tres últimos nos llegó mucho. Las fotonovelas, la *Alarma!*, *Hermelinda Linda*, *Aniceto Verduzco*, ésas estaban prohibidas para nosotros, eran así como tres equis, pero yo las llegué... Siempre le hacíamos de alguna manera pa' verlas.³ Las que rolaban entre nosotros eran *Lágrimas y Risas*, era *Archie*, *La Pequeña Lulú*, era *Memín Pinguín* por supuesto, era *Kalimán*.⁴

³ *Alarma!*, revista mexicana especializada en crímenes y muerte, inició en 1963 y fue prohibida en 1986, para reaparecer en 1991 como *El Nueve Alarma!*, Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Alarma!>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *Hermelinda Linda*, historieta satírica que inició en 1965 con el título *Brujerías*, y en el número 26 cambió a *Hermelinda Linda* (otra fuente señala el número 129, véase *infra* “Los brujos”); fue publicada semanalmente hasta fines de la década de 1980, Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Hermelinda_Linda>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *Aniceto Verduzco* apareció primero en 1967 como personaje en la historieta *Burrerías*, y posteriormente tuvo su propia publicación que continuó hasta inicios de los años ochenta, “Los brujos aztecas: Hermelinda Linda y Aniceto Verduzco”, *Diario del Sureste*, 17 de septiembre de 2017, recuperado de: <http://www.diariodelsureste.com.mx/los-brujos-aztecas-hermelinda-linda-y-aniceto-verduzco/>, consultada el 12 de diciembre de 2018.

⁴ *Lágrimas, Risas y Amor* inició en 1962 como fotonovela, pasó a ser historieta de dibujos en febrero de 1963 y dejó de editarse en 1995; *Archie*, historieta de Estados Unidos iniciada en 1942, y que fue distribuida en América Latina por Editorial Novaro en las décadas de 1960, 1970 y 1980; *La Pequeña Lulú* inició como historieta semanal en Estados Unidos en 1945, en Noel Ceballos, “Tres hurras por La Pequeña Lulú, primer ícono feminista de los comics”, *Revista GQ*, 3 de mayo, 2017, recuperado de: <www.revistagq.

Llegaban en el tren. No había tren de pasajeros, sólo había tren de carga que sacaba el metal; no había. El tren de pasajeros se tenía que tomar no me acuerdo si en Parral o en Santa, y que nos sacaba a Jiménez. Entonces ya entroncaba con la línea nacional, pudiéramos decirlo, de Juárez a México. Y en ese tren de carga llegaban las historietas, incluso a veces se quedaba tan interesante *Kalimán* o *Lágrimas y Risas* —con “Rarotonga”, “El pecado de Oyuki” y todo— que el lunes, el lunes llegaba, era de entregas semanales, el lunes llegaba el tren y entonces la gente no esperaba a que bajaran las cajas y las llevaran a las tiendas donde se vendían, sino ahí mismo en la estación, estaban incluso los de las tiendas, los de las tienditas que vendían eso, y ahí se compraba inmediatamente.

Y se leía mucho. No porque se comprara mucho, sino porque había una red de intercambio, o sea yo compro ésta y mañana te la presto y luego tú me prestas ésta. Entonces

com/noticias/cultura/articulos/pequena-lulu-primer-icono-feminista-de-los-comics/25996>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *Memín Pinguín*, nació dentro del diario de historietas *Pepín*, en 1943, y constó de 372 capítulos; la serie fue reeditada varias veces, considerándose la de 1962 como su primera edición, en Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Memín_Pinguín>, consultada el 12 de diciembre de 2018; *Kalimán* inició como programa de radio (1963) y después se convirtió en historieta (1965) y dejó de publicarse en 1991, en Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Kalimán>, consultada el 12 de diciembre de 2018.

la gente no acumulaba mucho porque rolaban, rolaban, rolaban, rolaban. Me acuerdo de una familia acumuladora que tenía, igual en la pobreza, así como en la jodidez que éramos, pero tenían muchas, muchas de esas historietas. Es una imagen que yo sé que no me la inventé, yo la vi; llegué a ver, en un cuartito que tenían aparte de su casa, alteros, más allá de la mitad de la pared, era la cueva de Alí Babá. Íbamos con “Tuta”, María Jesús Carmona y nos... Ahí era ¡mmmh, qué barbaridad!, como si fuera una cueva de chocolate. Leíamos mucho, mucho leíamos.

Y luego fue la época en que había mucha lectura oral: los maestros, las maestras leían mucho, entonces incentivaban mucho. También nos leían en episodios, por ejemplo, *Las minas del rey Salomón*,⁵ entonces te leían quince minutos y... “mañana continuaremos”. “¡Nooo maestra!” Y que no sé qué tanto, ¿verdad? Nos incentivaban mucho. Yo quisiera pensar que todos mis condiscípulos se enamoraron de la lectura. El maestro que yo tuve en cuarto, quinto y sexto nos organizó, hizo actividades y demás, hicimos nuestro pedido a Editorial Porrúa —esa colección económica tan bonita— y nos llegó la cajita por tren, ahí. Recuerdo cuando

⁵ Novela escrita por el escritor inglés, Henry Rider Haggard, publicada en 1885, en Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Las_minas_del_rey_Salomón>, consultada el 12 de diciembre de 2018.

la abrimos. Los libros nuevos huelen, huelen... Todos los libros nuevos huelen muy rico. Y ahí teníamos nuestra caja, nos había llegado desde México, ¡desde México! ¡Quién sabe cuántos días estaba! Y nos había llegado hasta nuestro pueblo. Eso..., ¡uff, era como un tesoro! No era lo mismo que *Memín Pinguín*, los cuidábamos mucho y todo eso.

Entonces sí tuvimos, en el medio en donde yo me moví, teníamos mucho acceso a ese tipo de lectura. Música, mucha música, la música rolaba en el radio, la gente era musiquera o por lo menos ahí..., y cinera; mi familia iba todos los miércoles al cine, tres películas por el mismo precio.

GN: ¿Y eso era en especial los miércoles que había las tres películas o todos los...?

SA: No, los otros días había dos.

GN: Ajá, entonces el miércoles era el especial, ¡ajá! Y se echaban las tres.

SA: Permanencia voluntaria, con su rueda de lonche, su café con leche, sus gorditas —los burritos los conocí yo cuando salí de El Oro, se usaban gorditas— el dulcecito; que ahí durábamos las cuatro horas, cinco horas.

GN: Toda la tarde...

SA: Semana tras semana, era rarísima una semana que no íbamos.

GN: Oye, y la lectura oral entre ustedes, entre la chamacada, ¿si lo hacían también, así que se ponían a

leer el *Memín Pinguín* y cada quien leía un poco?

SA: ¡Uff, sí, sí, sí, sí, claro! Hacíamos los personajes, las voces, o qué sé yo. Sí, sí, sí. Y había mucha..., bueno, la oralidad ahí en la casa con las historias. En la escuela, desde primero me leyeron, nos leían al grupo, y ya después que fui maestra, yo lo practiqué intencionalmente esperando lograr esa, así esa..., ¡esa bobez! Porque yo me embobaba así con esas lecturas, ¿no? Y luego también en el radio había, los domingos había una hora de declamación, de... Sí, eran declamadores, Jorge Lavat y todos ellos.⁶ “¿Por qué me quité del vicio?”, y esas cosas.⁷ Y entonces yo digo que eran partes de esa misma tradición, ¿no?

GN: Oye, y luego ustedes, haz de cuenta, escuchaban un capítulo de *Chucho el Roto* en la noche, a la siguiente mañana, ¿lo platicaban entre ustedes?

SA: Se escuchaba a las vecinas adultas diciendo: “¡Uy! ¿Y luego qué pasará ’ora, y luego?” “No, es

que yo creo —no me acuerdo cómo se llamaba la esposa de Chucho el Roto— y que quién sabe qué”.

No, no era la esposa, era Matilde de Frizac, la eterna novia de Chucho el Roto. “Y no, yo creo... Y que don Diego de Frizac es un malvado”. Y entonces, de un día a otro la novela se comentaba, y de una semana a otra se comentaba *Lágrimas y Risas* o *Kalimán*, o esas cosas. Y *Kalimán* en el radio es culpable de que yo no llegué temprano a ningún lado, porque entrábamos... Salíamos a las doce, era de nueve a doce, comíamos, y luego entrábamos de tres a cinco, pero de dos y media a tres era *Kalimán*. Mi hermano y yo, cuando ya al final decía: “¿Podrá *Kalimán*...?”, ¡ya [chasca los dedos] corro! Salíamos... Todas las excusas del mundo me inventé: “Es que se atrasó... No, es que mi mamá me pidió... No, es que...”.

GN: ¡Ajá! Pero seguramente ya todo mundo sabía que habían estado escuchando *Kalimán*.

SA: Y luego esperábamos la hora del recreo para comentar: “¡ay! ¿Oíste? Que quién sabe qué”. “Sí”.

GN: O sea, era algo que se compartía, digamos, en todo el pueblo.

SA: Absolutamente. Los cuentos terminaban ajados, terminaban, este...

GN: En tiritas.

SA: Sí.

GN: Eso estaba bien interesante....

⁶ Jorge Lavat Bayona (1933-2011) fue un actor mexicano de cine, televisión y doblaje; también, debido a su buena voz, fue un declamador reconocido, en Wikipedia, recuperado de: <es.wikipedia.org/wiki/Jorge_Lavat>, consultada el 12 de diciembre de 2018.

⁷ “¿Por qué me quité del vicio?”, de Carlos Rivas Larrauri, *Palabra Virtual*, recuperado de: <www.palabravirtual.com/index.php?ir=ver_voz.php&wid=411&t=Porque+me+quit%E9+del+vicio&p=Carlos+Rivas+Larrauri&o=Manuel+Bernal>, consultada el 12 de diciembre de 2018.